

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional
Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán
“Zeit mit Gott”

*Tema: Qué mi corazón salte de alegría –
Una canción navideña*

(traducción libre del alemán)

(12 días)

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.

© Diakonissenmutterhaus Aidlingen



DÍA 1

LUCAS 2:1-14,20

La fiesta de regocijo

A diferencia del año calendario, el año eclesiástico cristiano comienza con el Adviento, el tiempo de anticipación a la Navidad y el nacimiento de Jesucristo El Salvador. Pero, ¿para qué necesita el hombre a un Salvador? ¿Por qué su venida al mundo es la razón de un regocijo, que se festeja, aún después de 2000 años, y también en todo el mundo? Muchas personas, aún varios de los que van los domingos a la iglesia, no pueden dar una clara respuesta a esto. Tampoco es suficiente saberlo con la cabeza, o sea teológicamente correcto.

La alegría que conmueve el corazón, no viene, porque tenemos una fecha especial. Aquí no se trata del estado de ánimo que muchos sienten antes de los días de Navidad, sino del “gran gozo”, del cual los ángeles cantaban. Esto es muy diferente.

El regocijo en nuestro interior comienza, cuando experimentamos algo que es bueno para nosotros, o para otros, o para el reino de Dios, cuando recibimos algo, que es muy precioso. Pero lamentablemente puede pasar que uno se acostumbre a este incomparable regalo navideño de Dios, a este buen mensaje del niño en el pesebre.

Quizás nos ayuda una canción de Navidad de Paul Gerhardt, para preparar nuestros corazones al gozo por la Navidad.

*Qué mi corazón salte de alegría ahora, cuando los ángeles cantan llenos de alegría. Escuchad, escuchad cómo, con grandes coros cantan a plena voz: ¡Cristo ha nacido!**

Con “ahora” puede referirse al tiempo antes de Navidad, cuando se canta esta canción. Al mismo tiempo uno piensa en aquella noche en Belén, cuando la “multitud de huestes celestiales” llenaban todo el ambiente nocturno con su tremenda alabanza. No solo el recuerdo de esta noche nos llena de alegría. La razón de esta canción es que existe, en cada día y cada noche, en cualquier situación del mundo o de nuestra vida particular, no importa como sea. Oremos, para que el suceso de aquel tiempo nos haga regocijar hoy. (Lea Tit. 2:11; 3:4-7.)

*La canción en alemán: “Fröhlich soll meine Herze springen” se encuentra en Internet; nuestra traducción es libre.

Día 2

Juan 1:1-14; Salmo 19:5b,6

El Salvador aparece

Hoy, fuera de su habitación sale el héroe de Dios quien arranca al mundo de toda miseria. Dios se hace hombre para ti, para tu beneficio, el Hijo de Dios, se une a nuestra sangre.

El “hoy” de la segunda estrofa de la canción de Paul Gerhardt se conecta con el “ahora” de la primera estrofa. También aquí se refiere al acontecimiento en Belén y al mismo tiempo a la época navideña, que yo estoy viviendo, a mi “hoy” personal, independientemente de la fecha.

Jesús, el eterno Hijo de Dios, sale fuera de lo encubierto y de lo invisible. Él aparece en el mundo, así como el sol aparece a la mañana y ahuyenta la oscuridad. El Hijo de Dios se hace hombre de carne y sangre. Tanto se liga con nosotros los hombres, que carga sobre sí debilidad y mortalidad, incluso la posibilidad de ser tentado por el pecado. (Lea He. 2:14-18; 4:15.)

Todo esto lo hizo para arrancarnos y salvarnos, de nuestra “miseria”. ¿En qué consiste esta “miseria”? ¿Acaso esperamos del héroe divino que nos protege de dolores y daños o pérdidas, que ponga paz y justicia en esta tierra? Tales anhelos son muy comprensibles, sin embargo hasta el día de hoy experimentamos tantas angustias, enfermedades y guerras, que muchos llegan a dudar del amor de Dios y de su poder.

¿Qué hago con mis anhelos y oraciones no cumplidos? ¿Qué producen tales decepciones respecto a mi relación de confianza en Dios?

Seguro es: nosotros podemos expresar todos nuestros anhelos de manera confiada ante nuestro Padre celestial. Podemos esperar todo de Él. También podemos entregar todo a Él. Jesús nos enseñó a orar: “no se haga mi voluntad, sino la tuya” (Lea Lc. 22:42; Mt. 6:9-13.) Y justamente nuestras cuestiones candentes, todos los problemas de nuestra vida sin solución, podemos expresarlos delante de Él: “¡derramad delante de él vuestro corazón!” (Sal. 62:8)



DÍA 3

ROMANOS 8:32-39; 1.JUAN 4:10

Dios nos ama

¿Acaso Dios nos puede odiar, Él, quien nos da lo que más ama por encima de todo? Dios nos da a Su Hijo para alejar nuestro sufrimiento, desde el trono de su poder y honor.

Aquel que está experimentando mucho sufrimiento, podría pensar que Dios lo ha abandonado ú olvidado. O, ¿acaso Dios es frío o no le importa nuestro sufrimiento?

Paul Gerhardt, el poeta de esta canción, habría tenido toda la razón de dudar del amor de Dios. En su época se desató la Guerra de los Treinta Años. Temprano perdió a sus padres y su ciudad natal fue quemada por las tropas enemigas. Aunque pudo estudiar teología, tuvo que esperar mucho tiempo para conseguir un puesto laboral. Más tarde, una disputa eclesial produjo su despido y su amada esposa murió a temprana edad. Sólo uno de sus cuatro hijos alcanzó la edad adulta. ¿En qué podría ver la bondad de Dios en su vida, sino en el regalo más grande que nadie podía quitarle?: “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Jn. 3:16).

Por nosotros, Dios arranca de Su corazón lo que más amaba. Esta prueba de amor es única, singular. Toda la felicidad terrenal es temporal, por más preciosa que fuere: salud, bienestar, buenas relaciones, experiencias maravillosas – al final de nuestra vida tenemos que dejarlo todo.

En la perspectiva de Dios, el mayor sufrimiento concebible no es la pérdida de valores transitorios. Sin embargo, Él siente con nosotros y entiende nuestro dolor. Podemos leer, que Jesús también sintió temor, enojo y tristeza, por eso Él nos puede entender (Jn. 11:33-40; Lc. 22:39-46; He. 5:7,8).

Porque Él dejó atrás las riquezas celestiales – “poder y honra” – nos puede entender en nuestra vulnerabilidad y estar cerca de nosotros. ¡Nunca estamos solos en nuestro dolor!



Día 4

Filipenses 2:6-9; 2. Corintios 5:21

Nuevamente: Dios nos ama

¿Acaso Dios nos puede odiar, Él, quien nos da lo que más ama por encima de todo? Dios nos da a Su Hijo para alejar nuestro sufrimiento, desde el trono de su poder y honor.

Las palabras de esta estrofa contienen un fuerte contraste. El santo Dios podría, incluso en realidad debería, odiarnos por nuestro pecado. El hombre que se rebeló con desobediencia y desconfianza contra su Creador, está bajo el juicio de la ira de Dios. Dios odia al pecado.

Pero por encima de todo, encima de toda imaginación humana, Él ama a Su Hijo. Toda Su complacencia reposa sobre el Hijo (Mt. 3:17). El Padre y el Hijo son uno (Jn. 10:30). Así que, esto, lo que Dios hace, es sorprendente: Él da a Su Hijo. Lo da “desde el trono de su poder y honor”. Jesús deja la soberanía y gloria y la comunión con Su Padre.

Dios da al Hijo dentro de la estrechez y miseria del mundo caído, incluso hasta la muerte. Él lo entrega, hasta el punto, que Jesús habiéndose unificado con nuestro pecado, quedando separado del Padre, tenga que clamar: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” (Mt. 27:46).

Dios hace esto, porque por Su amor hace una diferencia entre el pecado y el pecador. Él ve que el pecado es la desgracia del hombre, de lo cual no se puede salvar solo. Así Dios se pone al lado del pecador contra el pecado, dando a Su Hijo. En el hecho de dar a Su Hijo Dios revela Su amor por nosotros. (Lea 1.Jn. 4:9,10.)

Paul Gerhardt hace una pregunta retórica, a la que hay una sola respuesta posible: reflexionando lo que es la Navidad, es imposible pensar, que Dios pueda odiarnos.



Día 5

Levítico 4:27-31; Romanos 3:21-26

El sustituto

Él toma sobre sí lo que nosotros hemos hecho, Él se decidió ser nuestro cordero. Nuestro cordero que muere por nosotros, y por su muerte adquiere de Dios gracia y paz.

No todo lo que hacemos aquí en la tierra es malo. Sin embargo, no existe un solo hombre, que no estuviere desde su nacimiento “bajo la ley del pecado y de la muerte” (Ro. 8:2). Nadie vive obedeciendo a Dios y confiando en Él como corresponde a los parámetros de Dios. A esto se refiere Pablo, al escribir: “todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios” (Ro. 3:23).

Sin embargo, Dios ama al pecador perdido, y no quiere condenarlo a la muerte. Por eso puso una salida para la vida: el sacrificio suplente. En Levítico 4 se describe cómo se podía expiar ante Dios el pecado por el sacrificio de un animal. Según sus posibilidades y su posición el hombre traía un becerro, una cabra o una oveja al altar de los holocaustos. Este animal tenía que ser sin defecto. Con la mano puesta sobre la cabeza del animal, el hombre confesaba su culpa, trasponiéndola así sobre el animal inocente, que después moría en lugar de él.

Pablo declara: Justamente esto pasó, cuando Jesús murió en la cruz. Él, el único inocente, el único justo entre los hombres, el inocente Hijo de Dios, tomó voluntariamente el castigo por nuestra culpa sobre sí. Esta muerte vicaria Dios la reconoce como legítimo sustituto y nos perdona nuestro pecado. “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Jn. 1:29; lea Is. 53:5; 1.P. 2:24).

“Bienaventurado aquel cuya transgresión ha sido perdonada, y cubierto su pecado” (Sal. 32:1)



DÍA 6

ROMANOS 1:7; ISAÍAS 54:10

Paz con Dios

Él toma sobre sí lo que nosotros hemos hecho, Él se decidió ser nuestro cordero. Nuestro cordero que muere por nosotros, y por su muerte adquiere de Dios gracia y paz.

Jesús nos ha rescatado con su sacrificio vicario de la muerte eterna (Ro. 6:23). Pagando el precio con Su vida, Jesús nos “compró” la “gracia y paz”, las cuales nadie ni nada nos las pueden robar.

La “gracia” es una palabra con amplio significado. Puede contener: amable simpatía, también misericordia o cuidadosa ayuda. Por amor de Jesús, Dios se dirige a mí con inquebrantable fidelidad, misericordia y amabilidad. Esto puedo saber con toda certeza, no importa cómo me siento. La gracia de Dios es un poder, que actúa en mi vida y me transforma. “Por la gracia de Dios soy lo que soy; y su gracia no ha sido en vano para conmigo” escribe el apóstol Pablo (1.Co. 15:10). Yo puedo permitir, que mi confianza en la gracia de Dios crezca en mí, y que Él me conceda el poder para una vida *en Él*. (Lea Tit. 2:11,12.)

También la “paz” con Dios es un regalo incalculable. ¡Cuántas personas no se sienten a gusto respecto a Dios, porque no están seguros, si entre ellos y Dios todo está bien! Solo si creo que el agrado de Dios no depende de mi buena conducta, puedo encontrar la paz. Él mismo, Jesús, es nuestra paz en persona (Ef. 2:14a; Is. 9:6; lea Is. 53:5).

En Ro. 5:1,2 Pablo menciona junto a la paz y la gracia también “la esperanza de la gloria de Dios”. Todo esto y aún mucho más nos es otorgado, porque Jesús ha llegado a ser “nuestro Cordero”. Y todo esto comenzó en Navidad - ¡qué tremenda razón de gozo!



Día 7

Mateo 2:1-11; Lucas 2:8-20

¡Todo va a salir bien!

Aquí recostado en el pesebre; nos llama, a ti y a mí, y habla dulcemente: soltad todo lo que os aflige, mis queridos hermanos, lo que os falte, yo os lo devolveré todo.

En esta estrofa el mensaje navideño se dirige como un consuelo personal a cada creyente en particular. Se observa a Jesús como niño en el pesebre – en Su impotencia y humildad propiamente elegida. Así llama a todos a acercarse a Él.

Los pastores de Belén y los sabios del oriente reconocieron la salvación de Dios en su encuentro con este niño. Así llama el Hijo de Dios, hecho hombre, “a usted y a mí” hacia Él, a una relación muy personal con Él. Aquí no se habla a alguien específico, sino este llamado se dirige a todos. Cada cual que cante esta canción, o a cada cual al que se la cante como una invitación, a este se refiere.

Por esta invitación, los labios del que llama, son “dulces”, pues es un mensaje de liberación. Muchas son las angustias de los hombres: dolores, sufrimiento, temor y soledad, pero también pecado, falta de sentido, alejamiento de Dios y la desesperante e inútil lucha por conseguir la justicia ante Dios por el propio esfuerzo. Las preocupaciones por todo esto y lo demás que me oprime personalmente puedo dejarlo, soltar con toda confianza. Pues lo que falte, lo que el hombre perdió por la caída en pecado, esto trae Cristo nuevamente: reconciliación con Dios y renovación de la vida destruida por el pecado.

En el llamado: “queridos hermanos”, se encuentra un fuerte consuelo que alienta y hace conmovir a un corazón atemorizado, para que pueda estallar en regocijo: delante de los ojos del justo Dios somos hermanos del Señor Jesucristo, justificados, hijos de Él. De manera tan completa Jesús repara el daño.

En algún día Jesús enjugará todas las lágrimas de nuestros ojos y renovará todas las cosas. Entonces no quedarán preguntas ni deseos incompletos. (Lea Ap. 21:3-5; Jn. 16:22,23a.)



Día 8

Lucas 2:15-17; Mateo 2:9-11

¡Venid y ved!

Así que venid y dejadnos correr, grandes y pequeños, ¡apurosos, vosotros muchos! Amad al que arde de amor; mirad la estrella, que con gusto os da luz y bienes.

En esta estrofa se exhorta a los cantores y a los oyentes que se muevan, se activen, como los pastores. Todos deben venir, todos los que han escuchado el buen mensaje, y no de manera lenta, sino apurándose. Todos están llamados, no solo un grupo de elegidos, sino “muchos”, las grandes multitudes. La gran cantidad de hombres, que están cargados y trabajados, están invitados a venir a Jesús. (Lea Mt. 11:28-30.)

Quiénes son y cómo son, no importa. Solo tienen que venir para recibir el ofrecimiento del amor y de la salvación. Pues la gracia de Dios no es “barata”. No se le obliga a nadie a recibirla. La gracia está lista para aquellos que la quieren realmente. El venir, el correr a Jesús es la razonable reacción a Su llegada al mundo. Amarlo a Él es el eco natural a Su amor. (Lea 1.Jn. 4:19.)

La “estrella”, los sabios del oriente la conectaron con una persona, un emperador, un rey, del pueblo de Israel (Mt. 2:2). Ya en el Antiguo Testamento con la figura de una estrella se había anunciado un poderoso rey, que iba a vencer a los enemigos del pueblo de Dios. (Lea Nm. 24:17.)

El poder de este niño en el pesebre no es la forma, que produzca nuevo sufrimiento. Su victoria es la que trae al mundo luz en la oscuridad, una luz agradable que brinda consuelo y esperanza para las almas cargadas y cansadas. Jesús ama a los hombres con un amor tan ardiente, que Él mismo se extingue en tales llamas. Su amor se dirige también a mí. (Lea Jn. 13:1; 15:9,13,14; 2.Co. 8:9; Gá. 2:20.)



Día 9

Lucas 16:19-25; Apocalipsis 21:1-5

Eterno consuelo

Vosotros que llevais grandes penas, he aquí, la puerta de la verdadera alegría está aquí; cogedlo bien, Él os guiará al lugar donde ninguna cruz os tocará de aquí en adelante.

En las próximas estrofas el poeta habla a personas, que tienen que llevar pesadas cargas en su vida. Primero, no se describen los “sufrimientos” y la “cruz” en detalles. Pueden ser enfermedades, aflicciones por relaciones quebradas, tristezas por grandes pérdidas.

Sin embargo las “verdaderas alegrías” no se las encuentra en este mundo. Se recomienda a Jesús como guía al lugar y a la situación, que Juan, en su visión, describe lo que hay allí y lo que no hay: “Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron” (Ap. 21:4).

De forma específica Paul Gerhardt habla de las aflicciones del alma:

El que se queja en el corazón, que siente su pecado y al que le duele la conciencia, que tenga ánimo: aquí se encuentra, el que se apresura curar las heridas envenenadas.

El ser consciente de la propia culpa es un suplicio de lo cual se habla muy poco. ¿Con quién se lo podría hablar? Más fácil parece ser poder distraerse, o tranquilizarse señalando a la culpa de los demás. Uno puede buscar las posibilidades de la reconciliación o tratar de arreglárselas con una vida llena de “dolores de conciencia”.

Sin embargo sería una gran liberación, confesar el pecado ante Dios y quizás también ante una persona de confianza. Por el perdón de Dios no tenemos que esperar mucho tiempo. “Aunque nos hayamos alejado de Dios por mil pasos, gracias al amor de Dios, se necesita solo un paso para volver a Él” (H. J. Eckstein). (Lea Sal. 32:1-5; Pr. 28:13; Is. 55:6,7; 1.Jn. 1:8-2:2.)



Día 10

Salmo 40:17; Apocalipsis 3:17,18a

Pobreza y real riqueza

Vosotros que sois pobres y miserables, venid, llenad vuestras manos de fe.

Aquí están todos los buenos regalos y el oro, que refrescará vuestro corazón.

Pobreza y miseria se los menciona juntos en muchas citas bíblicas. La “miseria” significa originalmente “vivir en otro país”, describe entonces un estado de estar expatriado, estar en el extranjero. Más tarde se la usa para necesidad en general.

Dios pone a los pobres y necesitados bajo su protección especial (por ejemplo Sal. 12:5) y les trasmite a los ricos la responsabilidad de ayudarles (Is. 58:6,7; Mt. 25:35,36).

En nuestra canción navideña con los “regalos” y el “oro” aparentemente no se refieren a dones y bienes terrenales, sino a valores y bendiciones que se reciben en la fe, y que no satisfacen el vientre, sino el “corazón”.

En este sentido figurativo también Jesús habla acerca de pobreza y riquezas: “bienaventurados los pobres en espíritu” (Mt. 5:3). Respecto al rico granjero falta el “ser rico para Dios” (Lc. 12:21). Los discípulos de Jesús no debían preocuparse por los alimentos y la vestimenta, sino por “el reino de Dios y su justicia” (Mt. 6:25-33).

Ahora, cuando pensamos en la difícil situación material de la gente en la Guerra de los Treinta Años, surge la pregunta: ¿puede ser que Paul Gerhardt no tome en serio este sufrimiento? ¿Realmente piensa que el creyente debe aceptar la guerra, la enfermedad y la violencia con ecuanimidad, porque está bendecido con bienes espirituales? No creo que sea así. El problema corporal no debe ser minimizado de bondad pseudo-espiritual: Stg. 2:14-17.

Pero sabemos que la necesidad “terrenal” también puede llegar a ser espiritual, puede llevar a la tentación, a dudar de Dios, o a atormentarse a sí mismo.

Por lo tanto, quienquiera que sea pobre, enfermo, débil, desempleado o que tenga alguna otra necesidad, también necesita el consuelo y el aliento de Dios.

El poeta invita a todos los que sufren a acercarse libremente a Dios para recibir lo que sus almas necesitan.

Día 11

Isaías 53:4-6,11; 1.Pedro 2:24

Purificado y hermoso

Mi culpa no puede oprimirme, porque tienes toda mi carga sobre tu espalda. No hay ninguna mancha en mí, soy puro y limpio de todos mis pecados. Yo estoy purificado por ti: me das honor y joyas para envolverme en ellos. Quiero llevarte en mi corazón, ¡oh mi gloria! Noble flor, déjate disfrutar.

¿Existe realmente libertad de culpa? ¿Es posible que un hombre alguna vez pueda levantar libremente la mirada a Dios y gozarse de ser puro y limpio de todo pecado? ¿Acaso no es así que siempre quedará alguna “mancha” en mí?

La culpa puede oprimir como una carga pesada, aunque no llegue a ser directamente consciente. Muchas personas se atormentan toda su vida con culpas reales o también con falsos sentimientos de culpa. Pero el pensamiento “a mí no se me puede perdonar”, es una de las más viles mentiras del diablo.

La Navidad trae un buen mensaje, un feliz mensaje para todos: por amor a Jesús puedo ser verdaderamente puro y libre. Aunque es verdad, mientras que vivamos en este mundo necesitamos pedir y recibir diariamente el perdón de Dios (1.Jn. 1:8,9; Jn. 13:8-10).

Sin embargo, y al mismo tiempo puedo gozarme, más aún, alabar, pues puedo tomar la gracia de Dios tan en serio como el pecado (lea Ro. 5:1,2). Su gracia es para mí como una corona (Sal. 103:4), y Su justicia Él me la pone como un precioso manto (Is. 61:10). En Su amor hacia mí y Su regocijo acerca de mí, Él ve en mí la hermosura, que Él mismo me otorga (comp. Sof. 3:17; Ez. 16:9-14).

Por eso ya hoy puedo disfrutar a mi Salvador, quiere decir, vivir de aquello que Él me regala y regocijarme sin impedimento en Él.



Día 12

Isaías 35:10; Apocalipsis 19:6-8

Eterno gozo

Dulce salvación, déjate abrazar, déjame, mi adorno, aferrarme a ti sin dudar. Tú eres la vida de mi ser; ahora puedo estar bien satisfecho por tenerte a ti. Te mantendré diligente; quiero vivir aquí contigo, quiero ir allí contigo; contigo quiero flotar al fin lleno de alegría siempre, sin fin, allá en la otra vida.

En las últimas estrofas Paul Gerhardt mira hacia el futuro. Él espera en todo tiempo poder experimentar el gozo por la salvación en Jesús. Él quiere mantenerse “satisfecho”. Las palabras “abrazar, aferrarse y vivir contigo” expresan su anhelo por continuidad de la fe. Pero él mismo está decidido a consagrar su vida a Jesús. Con diligencia quiere mantener la fe y el conocimiento, los cuales le fueron otorgados. Con toda seguridad quiere aferrarse a la Palabra de Dios, la que le reveló las dulces verdades. Él quiere vivir fielmente con su Señor y confiar en Él también en su muerte. Tal perseverancia tiene una gran promesa: lea Mt. 24:13; He. 10:35-39.

También para nosotros, la salvación que nos ha sido dada por la fe en el niño en el pesebre, puede convertirse en una fuente de alegría y felicidad incomparable, ya aquí en esta tierra en medio del sufrimiento. Esto podemos pedir en oración.

Y cuán grande será nuestra alegría por Jesús, cuando se nos permita verlo en la eternidad, en la “otra vida”. (Lea 1.P. 1:3-9; 2:7a.) Entonces ni tristeza ni dolor nos pesará. Suetos y librados de todo lo que nos pueda oprimir, podremos experimentar la confiada cercanía con Dios – gozo sin fin, siempre. “Vosotros ahora tenéis tristeza; pero os volveré a ver, y se gozará vuestro corazón, y nadie os quitará vuestro gozo” (Jn. 16:22).

